

*Batalla de Selasia y victoria por Antígono. – Huida de Cleómenes a Alejandria. – Toma de Esparta por Antígono. – Restablecimiento del gobierno republicano en ésta y otras ciudades. – Muerte de varios reyes. – Sus sucesores.*

Así que llegó el tiempo de la acción (año -223) y se dio la señal a los ilirios por medio de los jefes de lo que debía realizar cada uno, todos prontamente se presentaron al enemigo y comenzaron a ascender la montaña. Los armados a la ligera, que desde el inicio de la acción estaban formados con la caballería de Cleómenes, viendo que las cohortes aqueas habían quedado indefensas por la espalda, acometen su retaguardia y ponen en el mayor apuro a los que se esforzaban en ganar la cumbre, ya que de parte arriba se veían atacados de frente por Euclides, y de parte abajo invadidos y cargados con vigor por los extranjeros. Filopemén el megalopolitano se dio cuenta del peligro y, previendo lo que iba a suceder, advirtió primero a los jefes la situación en que se encontraban; mas viendo que no se le escuchaba, por no haber obtenido jamás cargo en la milicia y ser demasiado joven, anima a sus conciudadanos y ataca con valor a los contrarios. No fue preciso más para que los extranjeros que cargaban por la espalda a los que ascendían la montaña, oída la gritería y visto el choque de los caballos, dejasen al instante a los ilirios y echasen a correr a sus primeros puestos para dar socorro a su caballería. De esta forma, los ilirios, macedonios y demás gente que iba delante con ellos, libres del estorbo, acometieron con esfuerzo y confianza a los contrarios. Por aquí se reconoció en la consecuencia que Filopemén había sido causa de la ventaja obtenida contra Euclides.

Refieren que Antígono, después de la acción, por tentar a Alejandro, comandante de la caballería, le preguntó que por qué había comenzado el choque antes de dar la señal, y que éste, habiéndole respondido que no había sido él, sino cierto joven megalopolitano quien lo había empezado contra sus órdenes, Antígono dijo: «El joven, atendidas las circunstancias, obró como excelente capitán, y vos, capitán, como un joven cualquiera». Efectivamente, así como Euclides dejó de aprovecharse de la ventaja del terreno, cuando vio subir las cohortes de los ilirios hubiera salido al encuentro desde lejos y cargado sobre el enemigo, sin duda habría desordenado y desbaratado sus líneas, retirándose poco a poco y acogiéndose sin peligro a la eminencia. De esta forma deshecha la formación de los enemigos e inutilizado el peculiar uso de sus armas, los hubiera fácilmente hecho huir, favorecido como estaba del terreno. Pero nada de esto ejecutó; antes, como si tuviese asegurada la victoria, hizo todo lo contrario. Permaneció inmóvil en la cumbre, según se había colocado al principio, esperando recibir en la cima a los contrarios para hacerles después huir por lugares más pendientes y escarpados. Mas sucedió al contrario, como era normal. Pues como no había dejado espacio para retroceder y las cohortes llegaron intactas y unidas, se vio en tal apuro, que le fue preciso combatir en la cima misma de la montaña. De allí adelante, a medida que el peso de las armas y la formación fue fatigando al soldado, los ilirios adquirirían consistencia, y Euclides iba perdiendo terreno por no haber dejado es-

pacio para retroceder y cambiar de posición a los suyos. De modo que a poco tiempo tuvo que volver la espalda y emprender la huida por unos lugares escarpados e intransitables.

Mientras tanto vino a las manos la caballería. La de los aqueos desempeñó con denuedo su obligación, ya que le iba la libertad en la batalla. Pero sobre todo Filopemén, cuyo caballo fue herido mortalmente en la refriega, y él, peleando a pie, recibió una herida cruel que le atravesó ambos muslos. Los dos reyes iniciaron el choque en el monte Olimpo con los armados a la ligera y extranjeros en número casi de cinco mil entre ambos. Como la acción era a la vista de los reyes y de los ejércitos, bien se pelease por partidas, bien en general, todos procuraban excederse de ambas partes. Se batían hombre a hombre y línea a línea con la mayor valentía. Pero Cleómenes, viendo a su hermano puesto en huida, y a la caballería que peleaba en el llano casi vencida, temió no cargasen sobre él los enemigos por todos lados, y se vio precisado a desbaratar el atrincheramiento de su campo y sacar todo el ejército de frente por un costado. Dada la señal por las trompetas para que la infantería ligera se retirase del espacio que mediaba entre los dos campos, vuelven las lanzas con grande algazara y vienen a las manos las dos falanges. La acción fue viva. Unas veces retrocedían los macedonios, oprimidos del valor de los laconios; otras éstos eran rechazados por la vigorosa formación de aquéllos. Finalmente, las tropas de Antígono, puestas en ristre las lanzas, dieron sobre los lacedemonios con aquella violencia propia de la falange doble, y los desalojaron de sus atrincheramientos. Todo el resto de la gente o fue muerta o emprendió una huida precipitada. Cleómenes, con algunos caballeros, se retiró a Esparta sin peligro, de donde, llegada la noche, bajó a Gitio, y en unos navíos que tenía aprontados de antemano para un accidente marchó con sus amigos a Alejandría.

Antígono tomó a Esparta por asalto. En lo demás trató a los lacedemonios con generosidad y dulzura. Restableció entre ellos el antiguo gobierno, y a los pocos días partió de la ciudad con su ejército, por haber llegado a su conocimiento que los ilirios habían penetrado en Macedonia y talaban sus campos. De esta forma acostumbra siempre la fortuna terminar los más arduos asuntos cuando menos se espera. Pues si entonces Cleómenes hubiera aplazado algunos días la batalla, o si retirado a Esparta después de la acción hubiera esperado un poco ocasión más oportuna, habría sin duda conservado el reino. Finalmente, Antígono llegó a Tegea, restituyó también a sus moradores en el primitivo estado y dos días después llegó a Argos, a tiempo que se celebraban los juegos nemeos. Luego de haber obtenido allí de parte de los aqueos en general y de cada ciudad en particular todo lo que podía contribuir a inmortalizar su nombre y gloria, se dirigió a Macedonia a largas jornadas. Allí sorprendió a los ilirios, vino con ellos a las manos de poder a poder y los venció en batalla. Pero los esfuerzos y gritos que dio para animar sus tropas durante la acción (año -222) le causaron un vómito de sangre, de que le provino tal debilidad que en pocos días falleció. Toda Grecia se había prometido por él grandes esperanzas, no sólo por su pericia en el arte militar, sino mucho más por su arreglo de vida y probidad de costumbres. Dejó el reino de Macedonia a Filipo, hijo de Demetrio.

Pero ¿a qué propósito narración tan prolija sobre la guerra cleoménica? Porque, uniéndose estas épocas con las que en adelante hemos de hablar, nos pareció pro-

cedente o, por mejor decir, necesario, según nuestro propósito inicial, hacer manifiesto y palpable a todos el estado que entonces tenían los macedonios y griegos. Por este mismo tiempo pasó de esta vida Ptolomeo, y le sucedió en el reino Ptolomeo Filopátor. Murió asimismo Seleuco, hijo de Seleuco Calinico, llamado también Pogón. Tuvo por sucesor en el reino de Siria a Antioco, su hermano. Sucedió a estos reyes casi lo mismo que a aquellos primeros poseedores que obtuvieron estos reinos, después de la muerte de Alejandro; es decir, que así como Seleuco, Ptolomeo y Lisímaco murieron en la olimpiada ciento veinticuatro, como hemos apuntado, éstos en la ciento treinta y nueve.

Después de haber concluido las advertencias y presupuestos de toda nuestra historia, por lo que se ve cuándo, cómo y por qué causa, dueños los romanos de toda Italia, empezaron a extender sus conquistas por defuera y osaron disputar el imperio de la mar a los cartagineses; y luego de haber hecho ver en qué estado se hallaban entonces los griegos, macedonios y cartagineses, será conveniente, puesto que según nuestro primer designio hemos llegado a aquellos tiempos en que los griegos meditaban la guerra social, los romanos la anibálica y los reyes de Asia la de la Celesiria, concluir este libro con el fin de las guerras precedentes y muerte de los potentados que las manejaron.